

hasta entrar en una espaciosa galera, donde hacen un débil esfuerzo y los acuchillan y hacen prisioneros los mexicanos.

Oyéñese de súbito algunas fuertes detonaciones en los claustros, como estallidos de bombas y granadas, á cuyas detonaciones se mezclan gritos terribles y alaridos desesperados.

Aquella alarma era producida por más de doscientos zuaivos que buscaban en vano la brecha para huir á su campamento y eran seguidos á la balloneta por los mexicanos.

Gagern y Ghiraldi con Zacatecas han cortado la retirada; entonces los franceses retroceden, y se encuentran con rifleros al mando de Zalazar, que los detiene á la balloneta. Tornan á buscar la brecha, la encuentran al fin, pero los zapadores están allí y los rechazan.

Desesperados, jadeantes, con los labios arrojan espuma sangrienta y la vista extraviada, buscan la salvación entrándose en un corredor de arcos cerrados, y defienden la puerta de entrada con un valor sobrehumano; pero el techo de aquel corredor está poblado de aparatos compuestos de pequeñas tablas, que sostienen en su superficie horizontal numerosas granadas de mano; aquellas tablas, al entrar los zuaivos, cambian su posición en un plano inclinado de rápido descenso, á la vez que se incendian instantáneamente todas las espoletas que comunican su bien calculado fuego, y revientan al caer en el corredor donde estaban los refugiados.

Pasado aquel momento de muerte, los que sobreviven se entregan prisioneros.

Negrete llega á las puertas del convento con la reserva y Alatorre, con más fuerzas de Zacatecas, y deciden los últimos momentos de la lucha en una espléndida victoria.

Aquella jornada, en la que rivalizaron en disciplina, arrojo y decisión aquellos batallones, será una página sombría en la historia de Francia, y un timbre de heroísmo para los valientes que supieron poner tan alto el honor de su patria.

VII.

¡Gloria á vosotros, mártires de la libertad, cuya sangre ha salpicado los derruidos muros de Santa Inés.

¡Gloria á vosotros, que habéis sucumbido en la lucha gigante de nuestra independencia, muriendo al pié de ese estandarte que, clavado sobre nuestras tumbas, es la vela que al viento de la gloria llevará nuestro nombre á los mundos del porvenir, entre el himno de cien y cien generaciones!

CAPITULO IX.

LA AGONIA DEL HEROE Y LA AGONIA VULGAR.

I.

Santiago González había acompañado al General Ghilardi en la defensa de Santa Inés.

El estudiante sintió una conmoción desconocida en su espíritu, vió alejarse los albores de su juventud en el horizonte de la vida, y caer las nieblas de una tristeza profunda en el estrecho cielo de su alma.

Santiago González había tenido una existencia tranquila y apacible, sin pensar en el porvenir, y viviendo con el día; sus esperanzas se ensanchaban hasta creerse un doctor con una fortuna regular, y nada más.

Fuera del círculo del colegio, nada le agitó hasta entonces seriamente; pero al espectáculo formidable de la guerra, su espíritu despertó del profundo letargo en que se hallaba, y comenzó á percibir algo desconocido que lo hacía ensancharse como una vela sacudida por el vendabal.

El estudiante oyó con terror las primeras detonaciones, tembló ante el peligro, pensó un instante en la fuga; pero después entró en el reposo, desdeñó el peligro y acabó por amarlo.

La tormenta de fuego llegó á regocijarle con una alegría expansiva, feroz, y de una satisfacción audaz y siniestra.

El estudiante se paraba en el silencio de la noche sobre los parapetos delante de su alma atrevida y valerosa, llamaba á gritos á la muerte, no porque deseara que viniese, sino por ostentación ante su mismo ser.

Después de los combates recorría el campo, y sus plantas resvalaban entre la sangre detenida en charquerones entre los escombros.

Aquello era un vértigo inexplicable, una satisfacción del infierno.

Después su corazón comenzó á converger por el lado del amor patrio; amaba los campos, el cielo, las montañas, el horizonte.

—Todo esto es mío. este conjunto forma la patria, pensaba el estudiante, y sentía celo de ver á los franceses bajo la sombra de los árboles, y apagar su sed en las purísimas linfas del agua.

—Esto es un robo! la sombra y el agua son nuestras, nada mas, Dios no las ha dado.

Aquel sentimiento era una de las faces del amor patrio en la sensibilidad de los sentidos.

Una reacción noble y generosa sucedió á esas ideas extravagantes: contempló á la sociedad, anatematizó la fuerza que se opone al derecho, vió la usurpación de las prerrogativas sociales como un atentado, y se infiltró en el espíritu de los héroes.

No eran ya las tumbas de sus padres las que iban á defender, ni la sombra ni el agua, porque la civilización abre al extranjero las compuertas del mundo; iba á defender la independencia de su patria, la soberanía de un pueblo, y la propiedad de ese pueblo tan querido, herencia de sus mayores, en la gloriosa conquista de sus libertades.

Veía que un enemigo poderoso forjaba la cadena de hierro de la esclavitud y veía al mismo tiempo encadenadas á las generaciones que debían sucederle en ese reflujo constante de la vida humana.

Sublevado el amor propio que se encarnaba en el de la patria, se decidió á morir antes que ceder un solo palmo de tierra al extranjero.

Llegó el ataque de Sta. Inés, cuya descripción hemos trazado de una manera imperfecta, y González se mezcló con la tropa, batiéndose cuerpo á cuerpo con el enemigo.

Cuando los zuavos penetraron en el corredor de los arcos cerrados, González entró en pos suya, quedando encerrado con el enemigo.

El estudiante cruzó su espada con la del oficial de los zuavos y reñía con desesperación en aquel duelo á muerte, cuando los proyectiles comenzaron á caer del techo y á hacer una explosión mortífera.

El oficial francés bajó su acero, pero González le gritó con voz ahogada: ¡adelante! y el combate se hizo encarnizado y terrible, el estudiante recibió una herida en el costado derecho por la que echaba la sangre á borbotones.

Llevó su mano á contener la hemorragia y continuó hasta arrojar sobre su enemigo, atravesándole de parte á parte el corazón.

Entonces los soldados franceses se precipitaron sobre el estudiante, que se defendió algunos momentos, hasta caer acribillado por los marrazos de los zuavos; sus labios palpitaban aún cuando las sombras de la muerte comenzaron á enseñorearse de aquel rostro, dándole un aspecto sereno y de reposo.

Contúvose la sangre que se congelaba al derredor del cadáver, que con los ojos entrecerrados parecía dormir tranquilo el sueño eterno.

II.

En la casa de alojamiento del capitán Martínez, Manolo Balboa velaba por su tesoro, veía acercarse el momento en que debía disfrutar de aquel fabuloso caudal y rogaba al cielo que concediese la victoria á los invasores.

El andaluz se hizo pasar por un hombre tímido y cobarde, para que á Martínez no se le ocurriese llevarlo al lugar del peligro como se lo tenía ofrecido.

Acurrucado en el rincón de la caballeriza y repasando en su imaginación las cuentas de su oro y sus billetes, no echaba de menos el alimento que ya iba escaseando en la ciudad.

Manolo se mantenía con la esperanza, pensaba desquitar-se de las privaciones que lo habían atormentado durante su existencia y tomar revancha de media vida de pobreza y maltrato.

Una casualidad había llevado á sus puertas la fortuna y Balboa no la dejó pasar; estaba en su derecho, se trataba de un país con el que nada tenía que ver; libre de simpatías y acaso sin comprender todo el mal que causaba, se prestó á la traición y al espionaje.

Como una consecuencia vino la avaricia, pero una avaricia proporcional á la situación; mucho adquiría y mucho ambicionaba; aquel desgraciado hubiera llegado á los excesos más grandes por aumentar su tesoro.

El mismo día del ataque de Santa Inés, el andaluz, de una manera horrible, se había refugiado en ese lugar que calentaba á todas horas con su cuerpo.

Ya hemos dicho que las baterías de morteros arrojaban sin cesar sus proyectiles en aquellos momentos de crisis terrible para el ejército expedicionario.

Una de aquellas bombas que despedazaban de continuo los edificios, cayó de improviso en la casa del capitán Martínez, derrumbando el piso alto y estremeciendo toda la casa.

Manolo se asustó, y con ese instinto de la propia conservación, salió corriendo como un desesperado.

La bomba hizo explosión en la pieza que daba sobre la caballeriza, derrumbando una parte del piso que cubrió de escombros el lugar del tesoro.

Manolo se rehizo, y tornó al sitio donde tenía sepultado su dinero y sus billetes, y trepó con valor sobre las piedras, casi llorando de furor.

Quiso apartar las piedras para poner en salvo su corazón, su sangre, su porvenir, en fin, su oro.

El techo amenazaba ruina, y una nube de tierra anunciaba el próximo desplome.

III.

El capitán Martínez entró en el convento de Santa Inés luego que concluyó el ataque; el bravo guerrillero buscaba á Santiago González entre los montones de cadáveres que poblaban aquel recinto, porque de seguro no estaba entre los vivos, toda vez que no habían buscado á su querido amigo.

Llegó Martínez al corredor de los arcos, apartó los cuerpos de los zuavos y descubrió al fin á Santiago entre un lago de sangre negra.

Martínez se echó á llorar como un niño, levantó el cadáver del estudiante, le sacudió el rostro, y en la jerga de uno de los soldados lo llevó en dirección á su casa para velarlo y darle una sepultura digna del valiente que sacrifica su existencia en aras de la patria.

Mondoñedo estaba á la salida de Santa Inés, cuando salía aquel siniestro cortejo.

—¿Qué pasa, Martínez?

—Nada mi comandante.

—¿A quién llevas ahí?

—Vamos, capitán, qué demonio, cuestión de tiempo!

—Sí, dijo Martínez; pero.....

—¿De quién se trata?

El guerrillero sacó su pañuelo y comenzó á limpiarse las lágrimas que se escapaban de sus pupilas.

Mondoñedo tuvo curiosidad, y acercándose á los soldados, tiró de la jerga y descubrió el cadáver de Santiago González.

El antiguo compañero de colegio dió un grito y se arrodilló junto á aquel cuerpo mutilado.

—No, no puede ser, esto es mucho, no lo esperaba..... pobre amigo mío, tan bueno, tan generoso.....

Mondoñedo apartaba el cabello que caía sobre la frente lívida de González.

—Adelante! gritó Martínez desesperado y los soldados tiraron á andar rumbo á la casa del capitán.

Al llegar á la casa cayó una bomba; los soldados corrieron á la acera de frente dejando al cadáver en el dintel de la puerta.

—Esperen, dijo Martínez y penetró decidido en el patio de la casa.

Oyó á poco unos gritos, pero no le parecieron de moribundo; internóse en el segundo patio, de donde salían los clamores; avanzó hacia los escombros que acaba de esparcir la bomba, y percibió allá en el fondo obscuro á Manolo Balboa, que con las uñas rascaba la tierra y quería apartar las piedras.

—Aquí, aquí está; quiero morir antes que perderlo!

—¿Qué pasa, Manolo? gritó Martínez; retírate de ahí que no dilata en desplomarse el techo.

—¿Quién me habla?..... ¿Quién me acecha?

—Yo soy, el capitán Martínez.

—No os conozco, fuera; fuera de aquí!

—Manolo se ha vuelto loco, dijo el guerrillero, es necesario sacarlo porque va á perecer.

Y acercándose al andaluz, trató de separarlo del peligro.

Manolo Balboa tomó una actitud desesperante, irguióse terrible, y tomando una gran piedra dijo á Martínez:

—Sí no os alejáis de aquí, os abro la cabeza.

—¡Sosegado! gritó Martínez.

—¡Que os alejéis de aquí! Me habeis sorprendido mi secreto; fuera, ó morís á mis manos.

—Quieto, Manolo.

—Que os vayáis he dicho! gritó Manolo.

—¡Que no quiero! respondió con altanería el guerrillero.

—Puesto que me estrechais, vais á morir.

Y lanzó sobre Martínez la piedra, que zumbó como una bala llevándose el sombrero del capitán.

—Está loco este demonio! es necesario salvarlo.

Y se echó fuera de aquel lugar buscando el auxilio de sus soldados para sacarle de aquel sitio.

Cuando Manolo se vió libre de Martínez, tornó á rasca la tierra con desesperación, sin hacer caso de la lluvia de tierra. Las vigas se habían incendiado, y los fragmentes se desplomaban sobre el piso, que se derrumbó al fin con un estruendo horrible.

Manolo dió un alarido de condenado al dejar los sesos entre las piedras.

—¡Ya cargó el demonio con el andaluz! gritó Pablo Martínez: otro día lo sacaremos por que la casa amenaza ruina.

En seguida llevó el cuerpo de Santiago González al cuartel, y al siguiente día le dió sepultura con todos los honores de ordenanza.



CAPITULO X.

DE LO QUE ACONTECIÓ EL 8 DE MAYO DE 863 EN EL CAMPO DE SAN LORENZO.

I.

Al cabo de cincuenta días de una resistencia heroica contra los primeros soldados del mundo, resistencia que ocupará una página de oro en los anales militares del siglo XIX y que recordarán con admiración y gratitud los pueblos celosos de una independencia, los soldados todos de la democracia y del principio republicano, el general Ortega, en jefe del ejército sitiado, profirió el primer grito de alarma.

La plaza de Puebla que en vano habían asaltado repetidas veces bombardeándola día y noche los vencedores de Sebastopol, Magenta y Solferino, la Zaragoza del Anáhuac, tan heroica é indómita como la Zaragoza española, estaba próxima á sucumbir ante aquel enemigo omnipotente y aterrador que se llama..... ¡EL HAMBRE!

El gobierno mexicano no podía permanecer sordo ó indiferente á la voz del caudillo que desde los escombros de la plaza sitiada pedía un pedazo de pan para sustentar á sus exhaustos soldados.

Juzgóse urgente auxiliar al ejército de Puebla introduciendo á toda costa un convoy de víveres en aquella plaza.

Ocurrióse á una combinación cuya audacia puede sólo explicarse en vista de circunstancias tan apremiantes y con fuerza del denuedo y abnegación del soldado mexicano, siempre pronto á ofrecerse en holocausto por la salvación de la patria.

El ejército del centro, al mando del bizarro general Comonfort, cooperaba á la defensa de Puebla ocupando una extensa línea exterior y resguardando el camino de la capital de la República.

Sus operaciones, desde el principio de la campaña, no solo tendían á aislar al enemigo, sino á llamar su atención mediante una movilidad constante y con ataques parciales que, sin exponer la suerte de Puebla al éxito de una batalla decisiva, obligaran á los franceses á fraccionar sus fuerzas para mantener en jaque tanto á los defensores de la plaza, como á sus auxiliares de fuera; resultando de esta táctica algún descanso para los primeros.

El desarrollo de este plan militar había producido sucesivamente los encuentros y combates de Cuautlancingo, Cholula, Dolores, Atlixco y Ocotlán, que costaron la vida á muchos entusiastas y beneméritos defensores de la independencia mexicana.

Para corresponder á la urgente necesidad de auxilio que manifestaba el general Ortega, fué preciso suspender estas operaciones del ejército del centro para confiarle la misión de introducir el convoy destinado á Puebla, salvando las líneas francesas, forzando sus posiciones, y, en una palabra, rompiendo el sitio que estrechaba á la plaza como en un círculo de hierro.

La empresa era temeraria.

Para llevarla á cabo se necesitaba atacar á pecho descubierto, al numeroso y aguerrido ejército francés retrincherado en posiciones dominantes escogidas y protegido por los fuegos cruzados de una artillería formidable.

Este plan atrevido entrañaba dos acciones simultaneas: la ofensiva para sobreponerse á la fuerza enemiga, saltar sus fosos, sus parapetos y demás obras de fortificación; y la defensiva, para resguardar á la vez el convoy que se pretendía introducir á la plaza.

Además, en el caso de que una suerte propia adormeciera la vigilancia del sitiador ó nulificara momentáneamente sus elementos poderosos de destrucción, permitiendo así á nuestros intrépidos soldados el cumplimiento de su heroica misión; estos requerían un segundo esfuerzo igual al primero de una fortuna tan decidida, para regresar después á su campamento y volver á ocupar sus posiciones.

Aquella combinación tocaba al imposible.

Bajo las condiciones de una derrota inevitable, nuestros sufridos y heroicos soldados marcharon serenos y entusiastas hacia los cerros de San Lorenzo y Santa Cruz, situados al Norte de Puebla, para de allí dirigirse sobre la plaza escudando al convoy con la muralla de sus corazones.

II.

El enemigo, á quien inquietaba la presencia del ejército del centro teniéndolo en una constante alarma, se dispuso á disputarle el paso á costa de una batalla.

Movióse en el silencio de la noche, destruyó las obras que nuestros zapadores habían llevado adelante para hacer posible el paso del convoy, y, cargando sus fuerzas hacia el cerro de la Cruz, se apoderó oportunamente de él, lo fortificó á la li-

gera y estableció sus baterías para impedir el paso de nuestras tropas, cuya 1.ª división se colocó en el cerro de San Lorenzo situado á un tiro de cañón del de la Cruz y separado de éste por la barranca honda que se extiende de Oriente á Poniente hasta el Atoyac.

El General Bazaine, á la cabeza de catorce mil hombres, se ocultó en la falda del cerro que mira al Sur, y en las alturas no se percibieron más que un regimiento de zuavos y la chusma desordenada de los traidores.

En esta posición se hallaban ambos ejércitos el día 7 de Mayo, observándose mutuamente y tratando de flanquearse y aprovechar el momento oportuno de burlar la vigilancia del enemigo para dar cima á sus proyectos encontrados.

Bazaine, con tropas infinitamente superiores por su número y su armamento, comprendió las ventajas que le resultarían de tomar la iniciativa, y en la madrugada del día 8 se movió con su fuerza formidable dividida en cinco columnas de ataque sobre el campo de Comonfort.

La 1.ª división del ejército del centro, que no pasaba de dos mil quinientos infantes, ocupaba las posiciones en San Lorenzo.

La cortísima distancia que separaba á los dos campamentos enemigos permitió á Bazaine salvarla instantáneamente.

Al rayar el alba empezó un fuego nutridísimo de fusilería acompañado de un sinnúmero de granadas que arrojaba el invasor sobre nuestras avanzadas.

La 1.ª división, sorprendida por el ataque tan brusco y terrible, resistió heroicamente á los primeros empujes de los franceses y argelinos, no obstante la desproporción numérica que favorecía á los invasores.

Fué tan impetuoso el choque del enemigo que, salvándose la distancia que generalmente media entre contendientes y que se hace necesaria para aprovechar las punterías, se trabó una lucha á la arma blanca, una lucha cuerpo á cuerpo, terrible y sangrienta como lo son todas las de esa naturaleza.

Allí se vieron lances sublimes de arrojo, de valor indómito y admirable serenidad.

El terreno se disputó palmo á palmo.

El comandante en jefe de la división, general José María Echegaray, fué herido desde un principio por un casco de granada.

El coronel López, á la cabeza de su batallón, hizo prodigios de valor, y abrazado de su bandera recibió heroicamente la muerte en compañía de sus valientes soldados.

Los coroneles Rojas, Montenegro, Legorreta, el teniente coronel Espinosa y el general Leyva al mando de sus cuerpos respectivos, hicieron esfuerzos inauditos por defender la posición.

En los momentos más críticos y cuando una lluvia mortífera acribillaba á los heroicos soldados de la república, el general Comonfort aparece en medio de ellos á la cabeza de su Estado Mayor, pálido y demudado por la emoción.

Los jefes que quedan aún con vida se agrupan en el acto en torno suyo y conmovidos; pero denodados y arrogantes le presentan las banderas destrozadas por las balas enemigas, pero honradas sobre aquel campo de batalla.

La situación se volvía cada instante más y más insostenible.

Los franceses, dueños de las principales eminencias del cerro, habían establecido ya en ellas su certera y destructora artillería rayada y diezaban á las falanjes republicanas.

Hora y media había durado la lucha encarnizada.

Batallones de quinientas plazas se veían reducidos á la cuarta parte de la fuerza primitiva.

La retirada se volvió indispensable.

No era posible diferirla por más tiempo, pues había, para llevarla á cabo, que atravesar el río Atoyac bajo el fuego mortífero de la artillería francesa y bajo la presión también de cinco columnas convergentes hacia el puente reducido ocupado aún por los restos de la 1.ª división.

Esa retirada pasando el río en tan terribles y aflictivas circunstancias, presentaba un cuadro imponente á la vez que aterrador.

La 2.ª división al mando del general Trias se había movido, por orden del general en jefe, á la margen opuesta del Atoyac para proteger el paso á los restos de la división derrotada; pero tal era la confusión entre mexicanos y franceses, que no pudo hacer uso de su artillería en contra de los segundos por temor de dañar igualmente á los primeros.

En medio de ese caos espantoso, del choque de las armas y de los estragos del cañón, el general Comonfort, á caballo, en el Atoyac á igual distancia de ambas riberas, desesperado pero indómito y sereno, dirigía el movimiento.

Ese puesto de honor lo ocupó hasta salvar al último de sus soldados.

Minutos después, un batallón de zuavos coronaban las alturas inmediatas y enfilaban con su fuego de fusilería el camino que acababan de recorrer los últimos restos de la 1.ª división.

Entonces notaron los ayudantes que acompañaban á Comonfort, que el caballo del general había recibido cinco balazos en la refriega, aunque el noble animal parecía todavía capaz de llevar con intrepidez á su jinete á la cabeza de su ejército.

III.

Los franceses creyeron que todo había terminado y que una carga final bastaría para que el ejército del centro, no quedara sino la memoria.

No habían contado con el valor y constancia de nuestros soldados, con la infatigable actividad de sus jefes y con la previsión de su general.

Bazaine, poseído del delirio del triunfo, arenga á sus tropas, los prepara á dar el último empuje y acelera con tal objeto su marcha sobre los vencidos.

Pero al despejarse repentinamente el horizonte que le ocultaban las sinuosidades del terreno, cuál sería su asombro y su despecho, al ver formado como por encanto, en las lomas del Capulín, al ejército del centro en una nueva línea de batalla?

La 2.ª división del general Trias; la 3.ª división, del general Vega, y los restos de la 1.ª división, del general Echegaray, formaban el centro de ese ejército imponente, cuyas alas derecha é izquierda eran protegidas por dos fuertes secciones de caballería al mando de los jefes O' Horan, Carvajal y Rivera.

Comonfort, montado en su fogoso corcel, que chorreaba sangre por todas partes, recorría el frente de aquellas tropas, victoriando á la patria, á la independencia, á la bandera nacional.

El ejército todo, electrizado por el entusiasmo, aclamando á su jefe, prorrumpió en vivas por la patria y esperó de pie firme al enemigo.

Pero el enemigo se detuvo.

Un pensamiento terrible cruza la mente de Bazaine.

Su rostro se cubre súbitamente de una palidez mortal, y con voz como vida y ansiosa manda emprender precipitadamente el camino de Puebla; dejando tan solo una brigada para cubrir su retaguardia y contener cualquier movimiento de hostilidad por parte del ejército del centro.

¿Temió acaso medir de nuevo sus armas con fuerzas que caminaban ya de retirada?

La posición topográfica de éstas era dominante y favorable, pero el número cuádruplo de los franceses les daba todavía una superioridad incontestable y más aún después de una victoria.

Bazaine creyó que las fuerzas de la plaza pudieran aprovechar aquel momento, y rompiendo el sitio, se encontrase repentinamente en una situación desesperada, batido por vanguardia y retaguardia y malogrado el triunfo que acababa de arrancarle á la fortuna en el campo de San Lorenzo.

¡Ah! si en estos momentos en que los sucesos de la guerra deciden en la suerte de las naciones, al general Ortega hubiese ocurrido el mismo pensamiento, otra habría sido quizá la marcha futura de los acontecimientos, que trajeron consigo los horrores de la invasión y del imperio.

En efecto, la batalla de San Lorenzo había obligado á los franceses á desprenderse de un número considerable de sus fuerzas, y las operaciones consiguientes habían dejado descubierta ó débilmente guarnecida toda la faja que se extiende al nordeste de Puebla.

¿Qué habría sucedido si el ejército de Oriente aprovecha ese momento para salirse, aun á costo de grandes pérdidas?

No lo efectuó su general en buen tiempo, y horas después ya no fué practicable porque Bazaine estaba de regreso.

Volvamos al ejército del centro.

Libre del amago de los franceses, desfiló rumbo á Tlaxcala, lo cual efectuó en un orden perfecto y como si se tratara de una evolución de parada.

El general en jefe movió sus fuerzas hacia el puente de Texmelúcan, donde, con la debida previsión, tenía establecida su segunda línea de defensa.

IV.

El general Comonfort se sintió movido por uno de esos ímpetus que eran bien conocidos de sus compañeros, y pretendió lanzarse á la cabeza de cuatrocientos caballos sobre el enemigo que aún no desocupaba las lomas vecinas, para hallar una muerte gloriosa ya que el triunfo había sido negado á sus banderas.

No le era lícito disponer con objeto personal tan desesperado, de aquella fuerza de la Nación, y pretendió consumir, solo con su estado Mayor, el heroico sacrificio que le aconsejaba su alma noble, excesiva delicadeza y pundonor militar.

Ya había adelantádose hasta cerca de la fuerza enemiga que tiroteaba con dos obuses de montaña recogidos casualmente sobre la marcha con ese objeto; era irrevocable su propósito de morir y quería consumarlo á toda costa.

Los jefes Moreno, Echegaray, Zérega, O' Horan y Carvajal, el coronel Ibarra y otros varios que advirtieron sus movimientos y adivinaron sus miras, volaron á su encuentro, esforzándose por conciliar el respeto que debían á su alta graduación, con los sentimientos de ansiedad y recelo que les inspiraba el peligro que corría.

El coronel Estanislao Cañedo, jefe de su Estado Mayor,

su amigo en la desgracia, su compañero en el destierro, su fiel soldado que desde las márgenes del Bravo lo acompañaba en todas las horas de prueba y en los momentos de peligro, no pudo resistir á la voz de su profundo cariño.

Tomó las riendas del caballo y dando orden al Estado Mayor que lo siguiera, arrebató así á una muerte segura al valiente y patriota general Comonfort del campo de San Lorenzo.

V.

Consagremos aquí un recuerdo entusiasta á los guerreros modestos y arrojados que intentaron romper el sitio de Puebla, tan estrechamente establecido por cuarenta mil franceses, con la remota esperanza de auxiliar á sus hermanos del ejército de Oriente y la muy probable de perecer en la demanda.

¡Honor á los valientes del ejército del centro que pelearon en campo raso contra una fuerza tan superior!

¡Honor á esos batallones improvisados con hijos del pueblo, que por primera vez empuñaban las armas, y que resistieron el choque de catorce mil veteranos adiestrados por las campañas más gloriosas que registra la historia de la época actual!

¡Gloria á los que cedieron el terreno palmo á palmo, en son de guerra, con lanza en ristre, balloneta calada y banderas desplegadas, salvándose artillería, sus trenes, y aun la mayor parte del convoy destinado á los héroes de Zaragoza.

El prisma deslumbrador al través del cual la Nación conmovida distinguió á los mexicanos que con tan admirable bizarría pelearon por su independencia en los muros de Puebla, no permitió entonces fijarse bastante en el mérito intrínseco, en el patriotismo y la abnegación de los que pelearon fuera de la plaza para alcanzar el mismo fin.

Hoy, que el iris de la justicia y de la paz señala el término de la reciente tormenta y que nos aplicamos á descubrir por doquiera la huella de nuestras patrióticas falanges para ensalzar sus hazañas, la patria confunde en un mismo sentimiento de admiración y gratitud á los defensores interiores y exteriores de la heroica Puebla de Zaragoza, así como los confundió la muerte en el campo de batalla, como los confundió el destierro en las prisiones de Francia, y como los confundieron constantemente los lazos fraternales de una misma fé, en la causa de la República, de la democracia y del porvenir nacional!

CAPITULO XI.

UN DUELO A MUERTE.

I

La tarde del 8 de Mayo, cuando el ejército francés solemnizaba su triunfo sobre el ejército del centro, Wask se dirigió á la tienda de Mr. de Saligny. El hábil diplomático bebía á la salud de Napoleón III invitando de continuo al conde del Jarral, que preocupado de una manera terrible, rehusaba las invitaciones del plenipotenciario.

—Es negocio concluído, decía Saligny, dentro de breves días la plaza estará en nuestro poder; no es posible que faltando municiones de boca y guerra, se obstinen en defenderla.

—Soy de la misma opinión, dijo Wask, y os confieso que ya comenzaba á desconfiar, porque tantos días de silencio é inacción me tenía alarmado.

—Es que se esperaban las piezas rayadas de marina para echar abajo, si era posible y necesario á toda la ciudad.

—Cuestión de albañilería, contestó el aventurero, demolición de edificios.

—Cuestión de guerra, contestó irritado el ministro, estos ataques son de mucho mérito.

—No lo niego; pero el negocio de tomar la plaza por asalto, tiene sus dificultades.

—Caballero, los que han asaltado el reducto de Malakoff, no se detendrían ante estas murallas; y os advierto de hoy para siempre, que me es en extremo importuno sufrir vuestras bromas, y más aún por ser franceses que por mi carácter de plenipotenciario.

—tengo la desgracia, dijo Wask, de ser importuno; siempre que hablo, aunque sea con la mejor buena fé del mundo, se interpretan mis palabras desfavorablemente; dígalo mi amigo el señor Don Fernando, que hace días ni aún me saluda.

El Conde permaneció en silencio.

—En fin, dijo Saligny con tono agrio y altanero, ¿habéis venido para tratar algún negocio?

—Precisamente, señor ministro.

—Hablad, porque tengo que ver dentro de media hora al general Forey.

—Seré muy explícito.

—Bien.

—El ejército de Juárez acaba de perder una batalla que ha decidido sobre la *ocupación* de la plaza.

—Sobre la *toma*, caballero.

—Sea como vos queráis; decía nuestro *negocio* está concluido y ha llegado el momento de cumplir el contrato que tenemos celebrado sobre la entrega de los *bonos* de Jeker.

—Creo que es una exigencia de parte vuestra, cuando nos hallamos aún bajo la tienda de un campamento.

—Es que tenemos algunas necesidades y es necesario cubrir las; esos bonos ya comienzan á correr aquí, sobre ese difícil campo que vos pintáis y acaso era oportuno el momento para hacer alguna transacción ventajosa.

—Os repito que no es posible hacer la entrega en estos momentos.

—Y yo os repito, señor ministro, que necesito mis papeles.

—Os olvidáis del carácter que tengo en la expedición?

—¿Y qué me importa si sois mi cómplice en la empresa?

—Wask, dijo Don Fernando, es necesario reportarse.

Wask vió con marcado desdén á Don Fernando y continuó encarándose á Saligny.

—Lo creo, exclamó enrojeciéndosele el rostro, que se trate de poner en duda mis derechos.

—Ciertamente, respondió Saligny; pero no es hora de haceros valer.

—Es que estoy expedito para exigirlos á cualquiera hora.

—Veo que no nos entendemos.

—Creo que este asunto toma un giro distinto ya en los instantes de su realización.

—Hablad claro.

—No tengo inconveniente; paréceme de pocos días á esta parte que el señor conde y vos traéis algún misterio entre manos referente á mi persona.

—Os engañáis, dijo Don Fernando.

—No alcéis la voz caballero, vuestro tono molesta algo el oído.

—Es el que siempre he usado.

—Bien, es cuestión de poco momento, lo que importa es que yo no sea defraudado.

Saligny sacudió la cabeza y se contuvo, temiendo un escándalo en el campamento.

—Wask! gritó Don Fernando, por mi vida que os propasáis!

El aventurero se rió con una ironía terrible, y luego añadió:

—Será esta la primera estafa en que os encontráis?

Alzóse terrible el conde, y encarándose al aventurero, le dijo con acento trémulo de coraje.

—Miserable bohemio, como te atreves á insultarme cuan-

do hace algunos meses te arrastrabas á mis plantas esperando de mi labio una palabra?

—Bien habéis aprendido el lenguaje de la alta sociedad! no en balde lleváis ese nombre postizo.

—Esto es demasiado! dijo Don Fernando, y buscó su pistola, que por casualidad no la llevaba.

Wask volvió á sonreirse.

Saligny se puso entre los dos, temiendo una desgracia.

—Echémonos fuera, dijo el Conde con una calma siniestra, quiero dar á ese hombre una lección, quiero escarmentar á ese miserable.

—Sea en hora buena, respondió Wask con su risa satánica.

Saligny trató de apasiguarlos y salió en pos de ellos, que echaron paso adelante, buscando un terreno apropiado para combatir.

Después de algunos minutos de una marcha apresurada, llegaron á un paraje donde el declive del cerro de San Juan parece aplanarse.

—¡Aquí! exclamó Don Fernando, y arrojó su capa entre las piedras.

Wask comprendió el movimiento del conde y se despojó de su levita y chaleco, arremangóse las mangas de la camisa mostrando unos músculos de acero, arrojó su corbata, ajustó el cinturón y esperó en guardia á que su adversario se pusiese en tren de combate.

Don Fernando hizo los mismos preparativos y se paró rígido como una estatua del piedra frente al aventurero.

Saligny se puso á distancia entre aquellos dos hombres que iban á empeñar una lucha salvaje en el choque de la fuerza física.

Se trataba de un duelo al box.

II.

Atravesose la mirada de Wask con el rayo encendido de la de Don Fernando, contempláronse algunos instantes y atraídos por una fuerza magnética irresistible, se aproximaron.

Cuando se estravía la razón en el vértigo indomable de la ira vengadora, el hombre se asemeja á las fieras y acepta la furia salvaje en sus instintos sanguinarios, hunde la frente en el polvo inmundo de su ser, y pierde el aliento de la divinidad.

Qué odioso es el espectáculo de la destrucción humana!

Qué horrible el presenciar ese cuadro sombrío en que el

hombre le disputa á Dios la existencia en que llama atrevido á las puertas de la tumba para arrojar un cadáver en la sed insaciable de sus iras!

Hay algo generoso que revela en el fondo del corazón, que arroja en nuestra alma la idea de morir más bien que de matar, cuando la sociedad pone el acero en nuestras manos. Pero en las luchas del rencor y de la saña, en ese impulso miserable que arrastra la dignidad en el fango de las pasiones desencadenadas, entonces si se despierta el hambre de matanza, la fiebre de la sangre, el deseo de aniquilar y desaparecer una existencia.

Esa hidrofobia del corazón era la que sentía el aventurero y se comunicaba con una irradiación del infierno á Don Fernando.

El testigo presencial de aquella escena fúnebre estaba lívido, su ceño se había plegado y cruzaba sus brazos para apagar los saltos del corazón.

Adelantóse Don Fernando, describió un movimiento rápido y descargó su puño de acero sobre su enemigo, que detuvo el golpe con admirable serenidad.

Instantáneamente devolvió aquel golpe terrible y su puño chocó con el rostro del conde.

Dos chorros de sangre brotaron por la nariz del joven, inundando su pecho.

Aquella sangre fué la señal terrible para comenzar, por decirlo así, el combate.

Arrojóse el Conde á su adversario con tan indomable furia, que este se hubo de desmoralizar retrocediendo algunos pasos.

Oyéronse después una sucesión de golpes secos, é imprecaciones, blasfemias y palabras entrecortadas.

Retrocedieron ambos combatientes á la misma fuerza de sus ataques.

Wask sacudía su melena, y de su frente se desprendían algunas gotas de sangre.

Don Fernando tenía partido el cutis sobre el pómulo izquierdo que se había hinchado instantáneamente.

Respirando con fuerza como los buzos al salir del agua, tornaron jadeantes á combatir.

Wask se lanzó sobre el Conde y lo tomó por la cintura para derribarlo.

Don Fernando, no pudiendo evitar la caída, se olvidó de tomar la posición conveniente de la lucha, y sólo trató de librarse á cualquiera costa de su enemigo.

Con toda la fuerza de su nervudo brazo, descargó el puño sobre el rostro del aventurero.

Wask lanzó un grito espantoso, terrible, como nunca se ha escuchado, y rodó á los piés de Don Fernando.

El Conde se quedó inmóvil esperando á que Wask se levantara.

Cuando aquel hombre se alzó del suelo y quitó sus manos de la cara, se vió un espectáculo sangriento: el golpe le había reventado un ojo al aventurero, y un río de sangre salía por aquella órbita vaciada.

Don Fernando se estremeció.

—¿Dónde?...¿dónde está ese bastardo miserable?... ¡quiero sacarle el corazón con mis uñas, gritaba Wask; vendadme, señor de Saligny, vendadme, porque siento morir!

Saligny sacó su pañuelo y vendó á Wask, que acometido de una rábia espantosa, sólo aspiraba á la venganza.

—No puedo continuar el duelo, dijo Saligny, esto es imposible.

—No, no puedo bajo estos términos; pero es necesario ajustarlo ahora mismo, no importa cómo.

—Bien, caballero, lo aplazaremos.

—¡Aplazarlo!..... no, es necesario matar ó morir, yo quiero injuriar á ese hombre, humillarlo, atravesarle el corazón; mirad, en vuestra presencia le escupo al rostro.

Y arrojó una saliva á la cara del conde.

Don Fernando rugió como una fiera.

—¡Caballero gritó á Saligny, es necesario pisotear á esa sabandija, aplastar la cabeza á esa vívora; pero al instante, porque siento que voy á matarle.

—Conteneos, caballero, dijo Saligny, todo quedará arreglado, os lo ofrezco bajo mi palabra de honor.

III.

Caía la tarde cuando el Conde del Jaral, Wask, Saligny y Manzanedo, tomaban asiento á los cuatro lados de una mesa bajo una tienda de campaña.

El rostro de Don Fernando estaba horriblemente desfigurado, su barba en desórden, sus labios sangrientos y su camisa en girones.

Wask era presa de la fiebre; pero el valor indomable y la sed impura de la venganza la sostenían.

Manzanedo yacía trémulo ante aquel espectáculo imponente.

Saligny no podía convencerse de que aquello era realidad.

—Concluyamos, gritó Wask.

Manzanedo y Saligny cargaron dos pistolas de duelo y las entregaron á los combatientes, que no se movieron de sus asientos.

Cuando se hallaron dispuestos, Manzanedo tomó el extremo de un pañuelo y Saligny el otro, quedando atravesado el lienzo entre Wask y Don Fernando, velándose aquellos rostros deformes y sangrientos.

Saligny dió las voces de mando.

—¡Uno!

Wask y el Conde prepararon las pistolas.

—¡Dos!

Los adversarios tendieron el cañón de su arma apuntándose al través del pañuelo á quema-ropa.

Hubo un momento terrible.

—¡Fuego! grito Saligny.

Simultáneamente dispararon las pistolas aquellos hombres, y el lienzo voló en pedazos.

Al disiparse el humo que envolvía á los actores de tan terrible escena, se vió al aventurero con la cabeza echada hacia atrás, y una caverna en el corazón.

—Hemos concluido, dijo el Conde perfectamente tranquilo.

—Hemos concluido, repitió sombríamente Saligny.

CAPITULO XII.

DEL ASALTO A LAS PARALELAS EN LOS ULTIMOS MOMENTOS DE LA CIUDAD SITIADA.

I.

Las provisiones se habían consumido, y de los almacenes del ejército se proveía el pueblo, que agonizaba de hambre.

Las municiones de guerra tocaban á su término, y la esperanza de un éxito feliz en las operaciones había desaparecido.

Quedaba en pié aquel esqueleto de bronce con toda la solemnidad histórica del heroísmo.

Al caer ese gigante sobre los escombros de la plaza demolida, podía dejar sepultados á mil enemigos bajo su acerada armadura.

El momento se aproximaba, y la señal fúnebre de su muerte la había dado la artillería sobre la arena ensangrentada de San Lorenzo.

El ejército no se rendirá sin haber quemado sus últimos cartuchos.

El fuerte de Santa Inés, reparado por el audaz Carlos Gagner, había infundido temor á los franceses, que decidieron abandonar la empresa de su toma.

Aquella avalancha convergió hacia el lado del polígono, que abrazaba los puntos del Carmen, fuerte Zaragoza y Totimehuacán; ese punto debía haber sido objetivo de ataque desde el principio del sitio, porque era la llave de la ciudad; esto lo conocieron los franceses ya en vísperas de la rendición.

El orgullo francés pretendía aún la toma de la ciudad por asalto. Dios no quiso conceder á las águilas de Montebello plantarse vencedoras sobre aquellos muros entre el estruendo de la batalla.

II.

La derrota de San Lorenzo alentó á Forey, que llevaba muchos días de silencio bajo su tienda de San Juan.

El día 9 dió el ejército francés señales de vida; las baterías reforzadas de Tepotzúchil abrieron sus fuegos sobre sus fuertes de Ingenieros y Zaragoza, enfilando uno de los flancos del convento del Carmen.

—Zuavos y cazadores avanzaban sobre esos puntos, amparados con su sistema de pozos, mientras los trabajos seguían sin descanso sobre la línea.

El fuerte de Ingenieros seguía defendido por los valientes soldados de Durango y Chihuahua, á las órdenes del malogrado general Patoni.

La noche del 9 los Ingenieros franceses trabajaron sin descanso, y en medio de la oscuridad se distinguían los reflejos de sus linternas, y casi podían adivinarse los nuevos trazos que estaban dando en la línea de ataque.

A las primeras luces del día 10 se percibió el enorme avance del enemigo.

El ramal comenzado hacía dos noches, marcaba decididamente el ataque á Ingenieros.

La cabeza de zapa caminaba violentamente á la garita de Teotimehuacán. Entretanto, los fuegos de Tepotzúchil no cesaban de batir los puntos mencionados, y habían ya causado un gran número de desgracias.

Las obras muertas y barracas que se habían construido en la plaza del fuerte de Ingenieros, comenzaban á caer demolidas por los proyectiles.

Entre los Ingenieros y Zaragoza se estableció una fortificación, encadenando las dos posiciones, trabajando como ingenieros los valientes surianos á las órdenes de Pinzón y los sol-